
BIBLIOTECA DE «LA NACION»

ENRIQUE LARRETA

LA GLORIA

DE

DON RAMIRO

UNA VIDA EN TIEMPOS DE FELIPE SEGUNDO

EDICIÓN DEFINITIVAMENTE CORREGIDA POR EL AUTOR



BUENOS AIRES

1911

Este libro fue comenzado por el autor en diciembre de 1903 y entregado ala imprenta el 24 de julio de 1908.

Es propiedad del autor y queda hecho el depósito que marca la ley.

Imp. de LA NACIÓN.—Buenos Aires

• PRIMERA PARTE

- I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XVII, XVIII, XIX, XX, XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX

• SEGUNDA PARTE

- I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII

- TERCERA PARTE
 - I, II, III, IV, V
- EPILOGO

PRIMERA PARTE

I

Ramiro solía quedarse hasta la noche en el último piso del torreón, escuchando los cuentos y parlarías de las mujeres.

Allí terminaba la tiesura solariega. Allí se canturriaba y se reía. Allí el aire exterior, en los días templados, entraba libremente por las ventanas, trayendo vago perfume de fogatas campesinas y el sordo rumor de los molinos y batanes en el Adaja.

¡Qué holganza para el niño hallarse lejos de la facha torva del abuelo, y encima de aquellas cuadras silenciosas del caserón, donde se acostumbraba encender velones y candelabros durante el día! Cuadras sólo animadas por las figuras de los tapices; fúnebres estrados, brumosos desahumerio, que su madre, vestida siempre de monjil, cruzaba como una sombra.

Las criadas le querían de veras. Todas miraban con respetuosa ternura al pálido triste y hermoso que no había cumplido aún doce años y parecía llevar en la frente el surco de misterioso pesar. Todas rivalizaban en complacerle, en agasajarle.

Durante el trabajo, entre el zumbo de las ruelas, se hablaba de cosas fáciles que él comprendía, y, casi siempre, al anochecer, se contaban historias. Añejas historias, sin tiempo ni comarca. Unas sombrías, otras milagreras y fascinadoras. Consejas de tesoros ocultos, de agüeros, de princesas, de ermitaños. Una vieja esclava, herrada en la frente, sabía cuentos de aparecidos. Ramiro la escuchaba con singular atención, cada vez más goloso de pavor y de misterio.

La estancia era un vasto recinto que ocupaba casi todo el plano de la torre. Las vigas no habían perdido el oro de la añosa pintura, y la fachada escudos nobiliarios, que corría en lo alto de las cuatro paredes, lucía intacto su tinte de gules y sinople. En el rincón más oscuro dormía un antiguo telar descompuesto. No se había pensado nunca en repararlo, y se le dejaba apolillar y cubrirse de telaraña, conservando todavía entre sus maderos, los hilos de una estameña comenzada, quizá, en el reinado anterior.

En el grosor de las paredes, cada ventana formaba un hueco profundo, con sendos poyos de piedra. Ramiro se sentaba de costumbre sobre uno de ellos, y pasaba las horas largas mirando hacia afuera, con el codo apoyado en el alféizar.

Una de las ventanas, la que abría hacia el nordeste, dominaba casi todo el caserío. Desde aquella altura, Avila de los Santos, inclinada hacia el Adaja y ceñida estrechamente por su torreada y bermeja muralla, más que una ciudad, semejaba gran castillo roquero. El niño oteaba los corrales y los patios, el interior de los conventos, el caparacho de las iglesias. A corta distancia, en el sitio más eminente, la catedral levantaba su torreón de fortaleza, almenado y pardusco.

Desde la otra ventana se disfrutaba de una vista grandiosa: el Valle-Amblés, toda la nava, toda la dehesa, el río, las montañas. Fuera de los sotos ribereños, la vegetación era escasa. Raras encinas, negra a distancia, moteaban apenas los pedregosos collados. Paisaje de una coloración austera, sequiza, mineral, donde el sol reverberaba extensamente. Paisaje hurano y apacible como el alma de un monje.

Vivo resplandor revelaba a trechos, entre fresnos y bardagueras, el curso del Adaja, esparcido sobre la arena como galón de plata que se deshila. En el fondo, la sierra de Avila levantaba sus picos más altos chapados de nieve. De ordinario, un bulto de nubes asomaba por detrás de la Serrota o del Zapatero, como vapor de una olla, sombreando los picachos y suspendiendo sobre la falda largos vellones horizontales.

Aquella tarde las mujeres aderezaban ropas de iglesia. Sentadas en redondeles de esparto, extendían sobre el suelo las viejas vestiduras, cambiando el hilo desdorado, rehaciendo la raída guirnalda, el símbolo eucarístico, la orla de santos; y, a veces, también, alguna alcoránica leyenda deslizada en la estofa por el obrero morisco. Era un trabajo pesado. Aquellos ternos y frontales pertenecían a los conventos. Los monjes aseguraban que cada puntada equivalía para Dios a una cuenta del rosario.

Había góticos terciopelos que se plegaban angulosamente, terciopelos acartonados y finos del tiempo de Isabel y Fernando, donde una línea segura iba inscribiendo el tenue contorno de una granada sobre el fondo verde o carmesí; donosas telas de plata que parecían aprisionar entre laurdimbre un viejo rayo de luna; brocados y brocateles amortecidos por el polvo del tiempo, a modo de vidrieras religiosas. El resplandor del poniente prestaba rara vislumbre a todos aquellos ornamentos, iluminando de soslayo las sedas multicolores, cuyos tintes vinosos habían madurado como zumos añejos en los cajones de las sacristías.

La luz se apagaba en el cielo. Soplos de sombra cenicienta parecían llegar del exterior y posarse en la estancia. Ramiro, asomado a una de las ventanas, miraba morir el crepúsculo. En el fondo de las callejas ya era de noche.

Purpúreo reflejo bañaba en lo alto las almenas de la muralla, prestando un rubor de coral al tronco de uno que otro pino en los huertos. Laventana de una casa fronterá acababa de alumbrarse, y veíase ir y venir, por delante de la luz, la sombra de un hidalgo que rezaba sus Horas. Vasta tristeza flotaba sobre la ciudad guerrera y monacal, y, en medio de aquel recogimiento, el niño creyó escuchar un coro lejano, un

himnoalucinante. Eran acaso las monjas agustinas. Por momentos, un hálitosagrado parecía pasar entre las voces y estremecerlas como llamas decirios.

Ramiro recordó las descripciones que su madre le hacía del Paraíso y delPurgatorio.

Casi todas las tardes, antes del toque de oraciones, se presentaba en lacuadra un viejo escudero. El ruido de sus botas en los peldaños era inconfundible. Sin embargo, el hombre aparecía de sorpresa, abriendo lapuerta de un puñetazo. Luego, levantando por detrás, con la punta delespadón, bufonamente, la capa, se quitaba el chapeo y, haciéndole barrerel piso con la pluma, saludaba de esta guisa a las mozas, cual si fueraninfantas de España. Un arcón, forrado de bayeta amarilla, le servía deasiento. Cuando traía las botas enlodadas acercábase al brasero parasecarse las suelas.

Era natural de Turégano, en Castilla la Vieja. Siendo muy niño, habíadado muerte, con una navaja, al hijo de un alguacil. Después de cuatroaños de cárcel, como sus padres quisieran colocarle en una tienda deplatero, se desgarró para siempre. Su repugnancia por todo oficiomecánico y un exceso de voluntad errabunda le arrojaron por el caminosoldadesco. Más de la mitad de su vida la pasó sirviendo al EmperadorCarlos Quinto y al actual monarca Don Felipe Segundo, en los galeones ygaleazas armados a la ligera para tomar represalias sobre los pueblosdesprevenidos o caer de improviso sobre algún cargamento del turco.Conocía las islas del Levante y los menores recovecos de los golfos.Soldado y marino a la vez, la sarna, las bubas, las enfermedadesvergonzosas que se toman en los puertos, las heridas de pica, de espada,de saeta, las porradas y quemaduras de los asaltos, fueron las especiasen que se guisó de continuo su azarosa ventura. Había estado dos veces apunto de morir en la horca. El año 1560 cayó prisionero del turco, enlos Gelves. Llevado a Constantinopla, y puesto al remo de una galeraque cargaba materiales para el Palacio del Sultán, fue uno de los quemataron a los guardas a pedradas, huyendo a Sicilia con el bajel.

El hábito del acecho continuo y de los ataques súbitos como picotazos,había dejado un gesto de resolución instantánea en sus ojos enérgicos.Ojos grises de ave de presa, pupilas duras donde chispeaba todavía labrasa de su orgullo, como en los tiempos en que arrastraba suscastellanas espuelas por las losas de Nápoles.

Era su historia una ristra de hazañas más o menos honrosas; pero, llenode altiva indolencia, no buscó nunca salir de la clase de soldado,calzando a la vejez el guante escuderial y acogiéndose a la tareatranquila de acompañar por las calles a las señoras de la nobleza.

A más de los lances de su propia existencia, contábales a las criadasretazos de libros de caballerías, así como también tradiciones fabulosasde Avila y Segovia. Sabía canciones de barberos y caminantes, toda lavida en verso del moro Abindarráez; e innumerables letrillas que cantabacon áspera voz, al son de una vihuela, dándose vuelta los párpados pararemedar a los ciegos.

Fiera y pálida cicatriz señalaba en lo alto su frente bronceada por el mar.

Aquella tarde, apenas se hubo sentado en el cofre y puesto a referir algunos comadros del mercado, una de las mozas, pasándose ella misma el dedo sobre las cejas, le preguntó:

—Decí, señor Medrano: ¿quién os labró esa guirnalda?

El escudero bajó un momento los ojos sin responder, y sacando de su escarcela de badana un lienzo encarnado, sonó con él las narices. Dicho movimiento era a veces el anuncio de prolija narración.

El niño, apoyado ahora en la rodilla del antiguo soldado, jugaba con su espada, como de costumbre, tanteando los filos, curioseando las manchas de la hoja, o blandiéndola ante sí, con infantil arrogancia; pero al advertir la expresión pensativa del hombre, hincó el acero en el piso, apoyando ambas manos en la gruesa empuñadura, se dispuso a escucharle.

Medrano comenzó de mal gesto. Era un antiguo episodio del desastre de los Gelves. Hablaba despacio, con acento semejante al son de un tambor destemplado, y más de una vez sus ojos se humedecieron al recordar las vergüenzas de aquella jornada.

Describía el desorden y la fuga de las naves cristianas al presentarse de improviso la armada turquesca. Estas encallaban en los bajíos; aquellas, por querer escapar velozmente, quebraban sus entenas; otras se entregaban sin combatir. El, para bien de su honra, se hallaba en el fuerte. ¡Contaba entonces los horrores del asedio, las enfermedades desconocidas, las heridas monstruosas, el hambre, la sed! Habló de soldados que se escapaban de noche para comerse los cadáveres de los turcos; de mujeres enloquecidas, arrancándose unas a otras los pechos amordiscos; de madres españolas que se arrojaban con sus criaturas de lo alto de las murallas. Cuando el General don Alvaro de Sande obró su funesta salida, él fue de los escogidos para acompañarle.

Habíase puesto de pie para describir mejor aquellos instantes de lucha desesperada.

—Ya íbamos llegando a las galeras—decía.—Los moros escopeteros, después de consumir toda la pólvora, no podían ofendernos, atajados por nuestras picas; pero uno de ellos, cosa de no creerse, hincóse él mismo en el vientre la mía, y dando de esta suerte varios pasos ensartado, como lo digo, logró llegarse hasta mí y alargarme, ¡pesa a tal!, una cuchillada bien bellaca en la frente. ¡Dejemos esto!—exclamó por fin, con el semblante alterado por el rencor, y sentándose otra vez en el cofre.

Una de las criadas canturrió:

¡Los Gelves, madre, no son buenos de tomar!

Pero el antiguo soldado agregó sin oírla:

—¡Cuándo verase libre la cristiandad de estos aliados del Demonio! Alas veces me digo: ¿quién otro, llegado el caso, logrará contenerlos ahora que falta don Juan, el de Lepanto?

Al escuchar aquella última frase, Ramiro, apartándose del escudero y alzando la espada, repuso con asombrosa expresión:

—Cuanto a eso, yo he de hacer lo mismo que el don Juan, si el Rey meseñala.

Algunas criadas se sonrieron, y el niño, mirándolas en el rostro, exclamó nuevamente, golpeando con el pie en el soldado:

—¡Yo he de hacer lo mismo, digo e aún más he de hacer, con la ayuda de Dios e la Virgen!

Entretanto, a su espalda, la puerta de la escalera acababa de abrirse y una hermosa mujer, extremadamente pálida, toda vestida de negro, penetraba en la estancia. Era doña Giomar, la madre de Ramiro. Sus ojos fosforescían en la penumbra como humedecidos por lágrimas recientes, y su voz, de un timbre demasiado bajo tal vez, moduló con severa dulzura:

—Ya os he dicho otras veces, Medrano, que Ramiro no ha menester de vosos. ¿Por qué le habéis dado la espada?

El niño, volviendo el rostro hacia ella, se adelantó a responder:

—Ese no quería, madre, e yo se la tomé con engaño.

—Otras serán, hijo mío—repuso entonces la llorosa mujer—, las armas que has de esgrimir cuando entres al servicio de Dios y de su Santa Iglesia; y harto mejor estuviera ahora en tus manos algún libro de religión que no ese hierro.

Callose un instante, y el niño, viéndola llevarse a los ojos elestrujado pañizuelo, soltó al punto la espada, y corriendo hacia ella,

—¿Por esto lloráis?—la preguntó.

—No, hijo mío—repuso la madre, dominada por la congoja.—Conduéleme una nueva triste por demás. Ya no volveremos a ver a la Madre Teresa de Ahumada... Entró en el gozo del Señor, como una santa, antiyer, en Albade Tormes.

Un murmullo de ayes y suspiros se levantó en la obscuridad de la estancia. Algunas mujeres sollozaron.

El sol acababa de ocultarse, y blanda, lentamente, las parroquias tocaban las oraciones. Era un coro, un llanto continuo de campanas cantantes, de campanas

gemebundas en el tranquilo crepúsculo. Hubiérase dicho que la ciudad se hacía toda armoniosa, metálica, vibrante, y resonaba como un solo bronce, en el transporte de su plegaria.

Doña Guiomar, dejándose caer de hinojos, entonó en alta voz las palabras del *Angelus*. Todos, imitando su movimiento, se dispusieron a responder.

El escudero balbuceó las avemarías alzando el rostro y juntando las palmas como los niños.

Las ventanas, abiertas, dejaban penetrar una paz penumbrosa y el primer aliento somnífero de la noche.

II

Íñigo de la Hoz y su hija Guiomar se establecieron en Avila el año de 1570, viniendo de Valsaín, junto a Segovia, donde tenían su heredad. El viaje se resolvió bruscamente, y, una mañana lluviosa de octubre, la carroza de hule verdusco, sin cascabel ni sonaja en las colleras, penetró en la ciudad, por la Puerta del Mercado Grande, como una hora después de la salida del sol.

Desde entonces el padre y la hija llevaron en Avila una vida de misterio, saliendo sólo muy de mañana, en sillas cubiertas, para asistir, cada cual por su lado, a la misa de alba, en alguna de las iglesias vecinas.

El antiguo solar en que se alojaron, y que junto con trescientas fanegas de tierra, en el Valle-Amblés, heredó el hidalgo de su mujer doña Brianda del Aguila, estaba situado sobre una plazuela, a pocos pasos de la Puerta de la Mala Ventura.

Cuadrado torreón de sillería se levantaba en el ángulo sudeste, recortando sobre el cielo su imponente corona de matacanes y morunas almenas. Era una mole altanera y fosca, manchada a trechos de una costra rojiza semejante a la herrumbre. Estrechas ventanas de prisión la agujereaban al azar, y una perlada moldura, que parecía simbolizar el rosario, ornaba la base de las cuatro garitas y uno que otro antepecho. El resto del caserón era ruín y semibárbaro. Grandes piedras irregulares, retostadas por el sol, asomaban entre la argamasa de los muros. Cerca del suelo, una oblicua saetera, semejante al ojo de enorme cerradura, había servido en otro tiempo para defender la puerta aflechazos. Las rejas eran toscas y tristes.

La portada abarcaba casi todo el ancho de la torre. Era una de esas portadas enfáticas y señoriles, tan comunes en Avila de los Caballeros. Formaban el dintel inmensas dovelas de un solo trozo, abiertas en semicírculo y encuadradas por gótica moldura rectangular. A uno y otro lado, en cada una de las enjutas, un escudo esculpido alternaba en sus cuarteles los blasones de las principales familias avilesas: el pajarraco de los Aguilas, los roeles de los Blázquez, la cabria y el mazo de los

Bracamontes. Hermosos clavos tachonaban el maderaje de la puerta, y un cincelado aldabón, arrancado quizá de algún alcázar andaluz, colgaba del postigo. Hacia la derecha, otra aldaba más alta servía para llamar desde el caballo sin apearse. En el zaguán, frente a una Virgen de bulto, con el Hijo muerto en las faldas, ardía continuamente un farolillo.

El patio era un espacioso rectángulo, encuadrado por claustales galerías, sin más ornamento que los grandes escudos nobiliarios labrados en los chapiteles. Tupida y alta maleza crecía por doquier, respetando, tan sólo, uno que otro espacio cubierto por restos de quebradas losas, que, así esparcidas entre la hierba, hacían pensar en el osario de un convento.

El hidalgo no pensó nunca en reparar el abandono de aquel recinto, donde él mismo se holgaba, como en inculta campiña. Unas veces iba y venía bajo el sol, espantando a su paso las mariposas; otras, pasaba horas enteras asomado al viejo pozo de carcomido brocal, cavando pensamientos y contemplando, a la vez, su propio rostro que el agua reflejaba en su espejo circular y profundo. Aquellas galerías parecían aprisionar para el anciano pertinaces memorias; y el aire mismo se inmovilizaba entre ellas, como impregnado de quietud monacal y campesino silencio.

El padre y la hija sólo habitaban el piso alto del caserón. La majestad y la incuria reinaban a la par en las estancias. A lo largo de las polvorientas paredes, donde los tapices flamencos desplegaban obscuramente sus fábulas, pendían o se apoyaban viejos retratos de familia y toda clase de muebles señoriles, unos hallados en la casa y otros traídos de Valsain por el hidalgo. Cuando se caminaba por los estrados, las baldosas, rotas o sueltas, resonaban bajo las alfombras de Turquía. Sobre cielos de tela de oro y brocatel, que hacían polvo y telaraña en sus pliegues antiguos, ornaban los lechos hereditarios roídos por la carcoma. Las ventanas se abrían rara vez; pero ricos pebeteros de plata disimulaban el hedor hongoso y ratonil con suincesante sahumero.

Encerrado desde el amanecer hasta la noche en la librería del palacio, don Íñigo dejaba deslizar las horas muertas, meditando o leyendo. Había traído de Segovia gran acopio de crónicas de España, mucho libro de caballerías, no pocos de devoción, *Las Epístolas* de Séneca, *De Officiis* de Cicerón, un Salustio, un Valerio Máximo, un Virgilio y algunos tratados de matemática celeste, a más de una esfera armilar con zodíaco de bronce. Agregábanse los impresos y manuscritos que fue encontrando en la casa, y entre los cuales aparecieron varios libros raros, que hizo quemar al pronto, en medio del patio, en presencia de un canónigo de la Iglesia Mayor.

Al poco tiempo los volúmenes se amontonaron sobre el suelo. Cuerpo que el hidalgo tomaba en sus manos casi nunca volvía a los estantes. ¿Para qué? ¿Le quedaban tan pocos años de vida! Los ataques de gota se repetían, cada vez más

próximos, y un mal oculto y febril le ibadesecando el húmedo radical y rebutiendo los hipocondrios. A veces el sopor le vencía, y su boca entreabierta dejaba escapar un balbuceo de pesadilla, como si la calor del sueño hiciera bullir en su cerebro las representaciones de su pasada existencia.

Vestía siempre de negro o de pardo, sin otra gala que la venera de oro y la roja espadilla de Santiago, bordada en todos los sayos y ferreruelos. En invierno, para ajustarse a la antigua regla de su orden, sólo usaba humildes pieles corderinas. Ayunaba dos cuaresmas al año: una, desde el día de *Quatour Coronatorum* hasta el día de Navidad; otra desde el Domingo de Carnestolendas hasta la Pascua de Resurrección.

Era su cuerpo menudo, su rostro cetrino y como hecho de raigambre. El corto bigote, negro todavía, contrastaba con su barbilla cenicienta. Sus ojos eran vidriosos, monásticos, tristes. Su humor sombrío. Creía descendir de un rey de Aragón, y hacía remontar su apellido, etimológicamente, hasta un cónsul romano. El libro becerro de Segovia nombraba siempre algún antepasado suyo en las anuales correrías de los caballeros contra los moros de Jaén, de Sevilla, de Andújar.

Hasta los cincuenta y dos años de edad, despreciando todo trabajo como indigno de sus manos hidalgas, y viviendo exclusivamente de los censos de sus tierras y de los escudos de oro que, uno a uno, iba sacando de un cofre, llevó una vida ociosa y retirada en su posesión de Valsaín o en su «Casa de los Picos» en Segovia, sin más accidente de bulto que sus bodas con una dama de ilustre familia abulense que, un año después de casada, murió de sobrepeso. Pero apenas estalló la rebelión de los moriscos, a fines de 1568, don Íñigo, sintiendo hervir en su sangre el atávico rencor, reunió un día en su casa a sus amigos y parientes de mostros con elocuentes razones el imperioso deber de ayudar al soberano contra aquellos perros infieles. Muchos resolvieron acompañarle. Volcó entonces gran parte de su hacienda para armar, a su costa, una verdadera mesnada, como los infanzones antiguos.

A las órdenes del Marqués de Mondéjar, señalóse en las refriegas por un cólera irrefrenable, que más de una vez pudo costarle la vida, arrojándole completamente solo entre los enemigos, en la saña de las persecuciones. Predicaba la guerra sin cuartel y la castración general.

El fue quien hizo descubrir al famoso caudillo Aben-Djahvar, por medio de espantosos tormentos, dos escondites de armas en Sierra Nevada.

En el paso de Alfajarali recibió en medio de la frente el puntazo de un cuchillo corvo que un morisco, de aquellos que peleaban coronados de rosas en señal de martirio, le arrojó desde lejos. Pero, en lo más rudo de la campaña, tuvo que retirarse a su heredad, desazonado por un terrible ataque de gota, recibiendo poco después el hábito de Santiago, en pago de sus servicios.

Hasta los últimos años de su vida solía consolarse de sus mayores pesares recordando los episodios de aquella fiera vendimia de la Alpujarra.

Había heredado de sus mayores el sentimiento heroico de la honra y un señoril desprecio por todos los afanes del interés y del lucro. Tanto en Avila como en Segovia, desdeñando la administración personal de la propia hacienda, entregaba por entero, con las llaves de sus arcas y las funciones de maestra sala, a un mayordomo flamenco, cuya probidad creía asegurar, de tiempo en tiempo, mediante alguna demostración caballeresca de confianza y uno que otro aforismo de las Partidas. Fuera del vino de Madrigal, guardado en pellejos taberniles, no se hallaba provisión alguna en la casa, y, continuamente, los criados salían a mercar a crédito en la vecindad lo que se iba necesitando.

Las angustias de dinero no tardaron en sobrevenir; pero el hidalgo, cuya altez no aceptaba las humillaciones de la economía, fue empeñando uno a uno sus bienes a los genoveses. Si la premura era grande, hacía descolgar un tapiz, negociar una joya o pagar ciertos gastos con las piezas de su innumerable vajilla, cuyos platos, fundidos en las minas de América, hacían fácilmente las veces de monedas enormes. El era, sin embargo, harto sobrio. Un caldo de torrezno, que se servía en una soperita con candado para defenderlo de la voracidad de los pajes, un huevo, y algún hojaldre relleno de picadillo con pebre, bastaban a cualquiera de sus colaciones. Algunos viernes, como un acto ritual, bebía una taza de vino y probaba algunos bocados de cerdo, para diferenciarse de moros y judíos.

III

Guiomar y don Íñigo se veían tan sólo a las horas de la comida y de la cena. El anciano, sentado a la cabecera, y su hija, hacia un extremo de la tabla, entre Ramiro y el Capellán, permanecían todo el tiempo sin hablarse. En medio del angustioso mutismo, cualquier rumor, el choque de la platería, las pisadas de un paje, el grito de los buhoneros en la calle, cobraba un eco solemne.

Al levantarse, cuando la gota se lo consentía, el anciano caminaba algunos instantes a lo largo de la cuadra. Guiomar y su hijo se acurrucaban junto al brasero. Oíase el tic-tac de un cuadrante. Nadie hablaba.

No hubiera podido decirse, al pronto, si era una aversión recóndita o un dolor compartido lo que motivaba dicha reserva. Cada uno se informaba del otro por medio de la servidumbre. Para Guiomar su aposento, inmediato al oratorio, tenía austeridades de celda, y cuando cruzaba las demás habitaciones, parecía visitar una casa extraña, dejando tras sí como flotante congoja. Su lozanía de otros tiempos, y el mismo brillo de sus pupilas, mantenido entonces a favor de melindroso pestañeo, todo huyó

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

